



EMI

ALGUNOS CREEN
QUE SOY
UN AGITADOR

LE vi por primera vez en 1953, cuando me presenté espontáneamente en su despacho de la Dirección de «Pueblo», como tantos y tantos otros jóvenes que hemos llegado de provincias y que luego nos formamos a su lado, dentro de su escuela periodística.

Entonces era un hombre de figura afilada, tez pálida, mirada fija, expectante, inquisidora, que deslumbraba.

Me hizo ir al grano en seguida. No me prometió nada hasta no ver mis primeras entrevistas, que podrían publicarse si tenían interés, si eran periodísticas o que también podrían ir al cesto de los papeles.

No fueron al cesto de los papeles. Comencé a colaborar, frecuentando la Redacción, cuyo contacto humano de su gente fue curtiendo mis desdenes de jovencito que viene a Madrid con un libro de erudición bajo el brazo.

Desde entonces han pasado ocho años. En este tiempo han ocurrido muchas cosas. Emilio Romero es hoy director de uno de los periódicos más admirados en España, porque ha puesto el reloj del periodismo en punto, de acuerdo con la hora periodística europea.

Desde entonces también, Emilio Romero se ha distinguido como novelista, conferenciante y, aún de manera más decisiva, como comentarista político. La «Tercera página» del diario «Pueblo» quedará en los anales de nuestro periodismo.

MI PADRE ERA UN OFICIAL DE TELEGRAFOS

Ahora estamos nuevamente en su despacho, a la altura de ocho años de colaboración, de convivencia, de aprendizaje y de admiración hacia esta gran figura rectora.

—Nací en Arévalo, en el mes de julio de 1917. Mi padre era un oficial de Telégrafos, progresista y culto, que había ganado una importante condecoración española por su puntuación en un concurso internacional de telegrafía celebrado en Turín. Era hijo de una familia de ferroviarios de Alcázar de San Juan, y tengo la impresión de que si hubiera vivido en la segunda mitad del siglo pasado hubiera estado afiliado al partido del diputado de aquel distrito, don Pedro Calvo Asensio. Murió de la gripe de 1919. Mi padre es hijo de un santo varón confitero que estuvo casado con la hija de uno de los ingenieros franceses que vinieron a establecer los ferrocarriles españoles.

La primera gran referencia nacional que tuvo Emilio Romero al abrir los ojos al mundo fue la noticia del desembarco de Alhucemas.

—Estudí la primera enseñanza en las Escuelas Públicas y perdí los dengues.

Le pido que defina un poco concretamente a aquellos jóvenes que acabaron sacando patatas de los pozos, acarreando material en las obras de construcción, trabajando de peones en las obras públicas o arañando los pinares de serojas, de nicalos o de coque. Nunca me parece la sociedad más injusta que cuando me asombra el destino de aquellos chicos privilegiados que sabían lo que yo no sabía. Los chicos eran más listos que yo, a la altura de aquellos años, y los chicos miran con timidez, con miedo a su insignificancia.

—Había mucha gente inteligentísima entre estos chicos de material que acabaron sacando patatas de los pozos, acarreando material en las obras de construcción, trabajando de peones en las obras públicas o arañando los pinares de serojas, de nicalos o de coque. Nunca me parece la sociedad más injusta que cuando me asombra el destino de aquellos chicos privilegiados que sabían lo que yo no sabía. Los chicos eran más listos que yo, a la altura de aquellos años, y los chicos miran con timidez, con miedo a su insignificancia.

Un día el Ayuntamiento nombró a un joven director de la Escuela Municipal y fue a la recluta de músicos jóvenes a la escuela.

—Nos apuntamos muchos. Yo escogí el clarinete.

El Ayuntamiento le otorgó a Emilio Romero una beca en concepto de legio de pago para estudiar la segunda enseñanza.

LOS VENIDOS A MENOS

Aparecía en Emilio Romero la preocupación social, la protesta ante el mundo que le rodeaba.

—Fundé con otros amigos unas juventudes al lado de los chicos y de otros oficios varios. Me marché pronto de aquí porque tenía dos sentimientos arraigados de familia: la religión y el patriotismo. Me invitaron a pertenecer a la Juventud Católica. Lo hice con gran entusiasmo y nos establecimos en un viejo convento. Caí enfermo al poco tiempo y el consiliario de la localidad, que era el sacerdote más importante, no me hizo una sola visita, mientras que todas las tardes visitaba, a escasos metros de mi casa, a una familia pobre sin enfermos. Mi familia pertenecía al escalafón del señorío venidos a menos.

Ya estudiaba en Madrid, en el Instituto del Cardenal Cisneros, era becario del Ministerio de Instrucción Pública. Para conservar la beca le exigían más sobresalientes que aprobados y, por supuesto, algún suspenso. Su noción de la responsabilidad comenzó aquí.

—Cuando apareció, a mi juicio, en la vida española un movimiento de jóvenes que pretendían una reforma social profunda sin miedo contra mi fe y contra mi orgullo de ser español, me fui a la universidad. Era la Falange, que nacía en un piso de la Gran Vía, al lado del cine Rialto.

Estuvo prácticamente fuera de juego todo el año 35 y el Ayuntamiento Nacional le sorprendió enfermo en un sanatorio.

EMILIO ROMERO:

—¿Y sus actividades literarias cuándo empezaron?

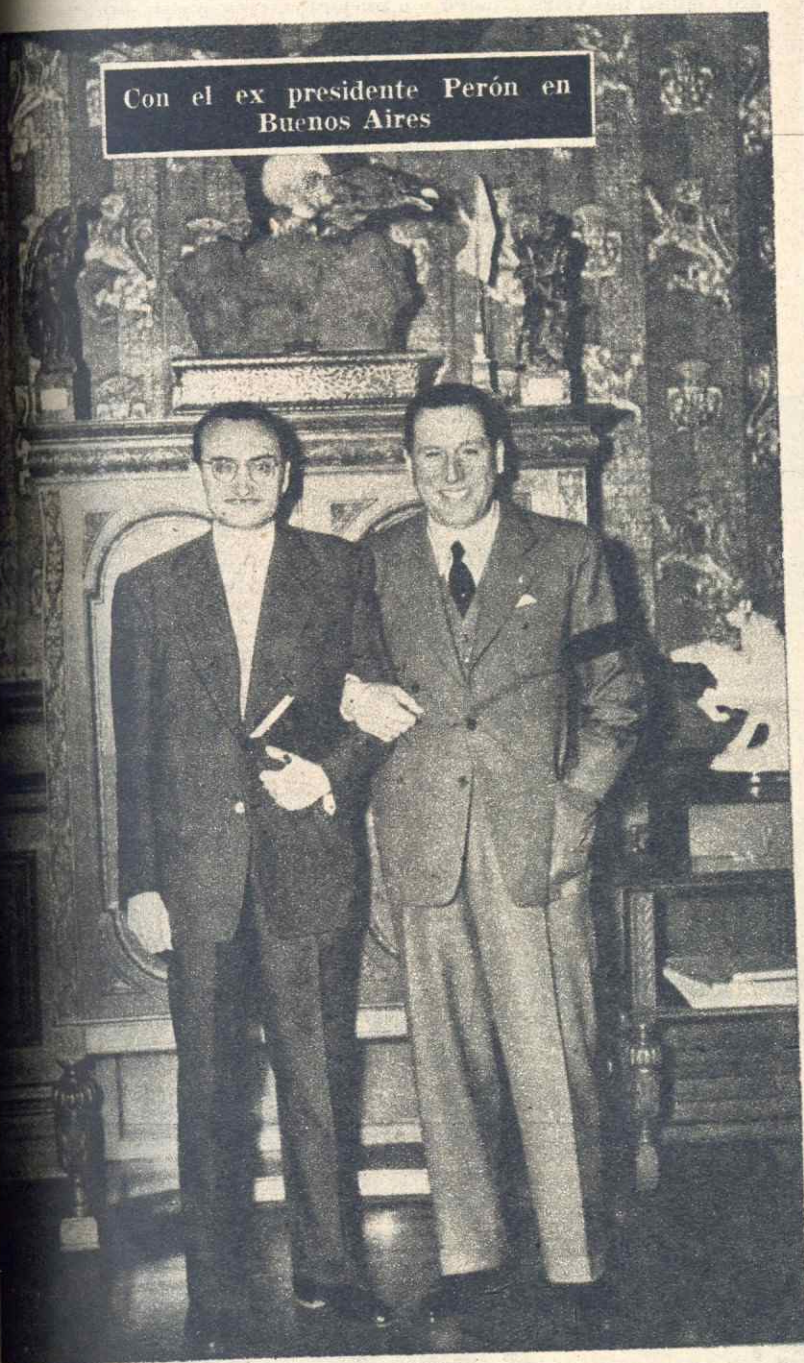
—Por este tiempo. Había terminado una comedia en verso, con patrón Villaespesa, sobre una anécdota histórica muy interesante de los primeros años de la Reconquista. Antes había mandado artículos a «A B C» y a «La Epoca», sin resultado.

Inclina la cabeza del lado izquierdo para hablar y marca círculos en el aire con el dedo índice. Es su tic usual. Algunos creen que se trata de una actitud desdeñosa; pero hay que saber que Emilio Romero es un gran tímido y que los tímidos, a veces, se procuran sus propios parapetos.

—Por entonces me pasaba un poco lo que a Mao Tse Tung, salvando las distancias, que complicaba la poesía con la programación ideológica. Al tiempo que concursaba a unos juegos florales, escribía sobre los mencheviques.

—¿Y qué le ocurrió durante la guerra civil?

—Mi aventura de la guerra civil sería una novela río si intentara algún día escribirla, que no lo haré. Estuve sólo en zona roja, acosado y viviendo peripecias de toda índole. Cuando terminó la guerra civil mi madre me encontró, después de una ausencia de tres años, con la nariz más larga, me había casado y hacía poesía heroica.



EL PROCESO EN LOS CAJONES

Entra Jesús de la Serna, redactor-jefe de «Pueblos», que trae unas galeradas en la mano. Consulta algunas cosas y se va.

—Bueno, pues como te decía, mientras iba restableciéndome alguien me invitó a pronunciar un discurso político en un teatro. El gobernador civil de aquella provincia, que pertenecía a un tiempo político más retrasado que el de Cánovas, decretó mi fulminación y consiguió, en parte, un daño sobre mi futuro.

—¿Y en qué consistió esa fulminación?

—Me envolvió en un proceso que mis amigos lamentan y mis enemigos guardan celosamente en sus cajones para mostrarlo cuando les conviene. Aquél fue mi debut en la vida política y estoy orgulloso de aquel acto. Haría lo mismo hoy, contra el riesgo de otros procesos, pero con una técnica diferente: la que me proporcionan los años. Entonces tenía veintidós.

Poco después empezaría su primera época de director de periódico, donde iba a poner en juego todo su instinto de periodista nato.

—Un buen día le dijo Cándido Sainz de las Moras a Juan Aparicio que me hiciera director del periódico «La Mañana», de Lérida, puesto que Cándido era jefe provincial del Movimiento allí. Juan Aparicio me llamó y me dijo que escribiera en su secretaría, en un plazo no superior a media hora, un artículo sobre el tema que me pareciera.

DE CHICO TOQUÉ EL CLARINETE Y OBTUVE UNA BECA

Aquel día traían los periódicos la muerte —que luego no se confirmaría— de Ana Paucker. Me sobraron diez minutos.

Juan Aparicio lo leyó con atención y le dijo a Emilio Romero solamente: «Quedas nombrado director de «La Mañana» de Lérida.»

Movió el periódico, él dice que exageradamente. En aquel tiempo se llevó la flor natural de los Juegos florales de Cervera y de Lérida. En 1943 le ascendieron y fue nombrado director del periódico «Información», de Alicante.

—Allí fundé la revista poética «Tabarca» y organicé unas reuniones «Cara al público», que hicieron decir al entonces gobernador civil de aquella población, Luis González Vicén, la siguiente frase: «Has tenido tú más éxito con el «Cara al público» que nosotros con el «Cara al sol»». En 1945 el gobernador civil, que ya no era González Vicén, quería de mí no sé qué cosas o servicios que yo no estaba dispuesto a darle y que seguramente se referían a una mayor valoración de su actividad política en la provincia. Otra cosa no, porque era un hombre honesto, serio y seguramente buena persona.

De pronto noto que a Emilio Romero se le pone la cara un poco más pálida. Ha cambiado el tono de voz para decir, con cierto coraje:

—Yo he tenido siempre alergia a las actitudes falsas, a las adulaciones y al servilismo. Me ha gustado siempre, con los jefes y con los amigos, un tipo de colaboración en el que empezaran por respetar mis derechos como persona. Creo que a lo largo de mi vida profesional he sido generoso con mucha gente. Aquel gobernador me confinó en mi casa durante ocho días y no tuve más remedio que pedir a Madrid el traslado. El periódico lo había puesto a su máximo de tirada y de prestigio.

EN EL «CASINILLO» DE LA REDACCION

Emilio Romero me dice que es la hora de asomar por el «Casinillo», nombre que él ha dado a la tertulia que se forma, presidida por el director, en la Redacción de «Pueblos», alrededor de la hora en que sale el periódico. Cuando llegamos ya está formado el grupo con el redactor-jefe, Jesús de la Serna; Carlos Castro, Julio Trenas, Ma-

nuel Pimentel, Eduardo Delgado. De tarde en tarde, el «Casinillo» recibe la visita de un personaje que viene a hablar con el director, con el redactor-jefe, con alguno de los redactores o colaboradores. Si bien dice Emilio Romero que él no tiene dengues, tampoco los quiere en la Redacción o en sus colaboradores: «Decir que pase y que nos honre tomando un café con nosotros.» A veces el personaje es un político eminente; un duque, como el de Veragua; un bailarín, como Antonio; un Premio Nobel, como Hemingway; un torero, como Ordóñez.

MI FAMILIA PERTENECIA AL ESCALAFON DE LAS VENIDAS A MENOS

Al filo de las seis de la tarde, cuando ya hemos visto el periódico, página por página, comentándolo con el director, éste me acerca una butaca a la suya y me dice que vamos a seguir la conversación que habíamos iniciado en su despacho.

—Vine a Madrid a la Jefatura de la Sección de Prensa Nacional de la Dirección General de Prensa. Con Agustín del Río, Trinidad Nieto Funcia, Valentín Gutiérrez Durán y Gumersindo Montes orientamos la Prensa española en los nuevos caminos de la victoria de los aliados en la segunda guerra, a las órdenes de Arias Salgado y Aparicio. Escribí sin firma en los periódicos «A B C» y «YA». Los artículos más importantes que escribí en aquellas fechas, dentro de esta nueva posición, se titulaban «Democracia sí», en «A B C» y «Evolución española hacia la victoria», en «YA». Por muy poco tiempo asumí la Jefatura de la Censura y allí me encontré como censor a amigos tan eminentes como Camilo José Cela. Esto no quiere decir que los dos tuviéramos ánimo de censores, pero estábamos allí haciendo un servicio, que en ningún modo profesionalizamos porque los dos nos marchamos pronto.

Emilio Romero se toma su refresco de naranja, sentado en la butaca como un auténtico casinista castellano.

—La llegada del equipo de Ortiz Muñoz y de Cerro Corrochano supuso para la antigua Vicesecretaría de Educación Popular como una crisis de Gobierno de los viejos tiempos. Y a mí el nuevo equipo me dejó cesante. Pocos meses después ingresaba como editorialista polí-

tico en el periódico «Pueblo», al lado de dos firmas políticas tan importantes como las de Emiliano Aguado y Victoriano Fernández Asís. Antes había hecho ya los editoriales políticos de «El Español». En esas fechas conecté con el mundo sindical, que era una de mis viejas resonancias en el Primer Congreso Nacional de Trabajadores. Desde entonces estoy en el Sindicalismo, en donde he encontrado el clima político que más me gusta de la vida nacional.

AMIGOS LEALES POR CAMINOS DIFERENTES.

La llegada a la dirección de «Pueblo», en 1952, le produjo uno de sus mayores alegrías. Un año después entraría yo con mi brazo bajo el brazo, en el que también sostenía mi trinchera de provincia.

—En 1954 me quitaron la dirección con el pretexto de que había firmado un pliego pidiendo perdón para Torcuato Luca de Tena, que había sido suspendido en la dirección de «A B C». El texto de aquel pliego lo trajeron a mi despacho Víctor de la Serna y Gonzalo Fernández de la Mora. Me pareció aquel texto inadecuado y hasta poco impertinente. Yo mismo sugerí la corrección y lo firmé con mucho gusto. Lo firmaría ahora también.

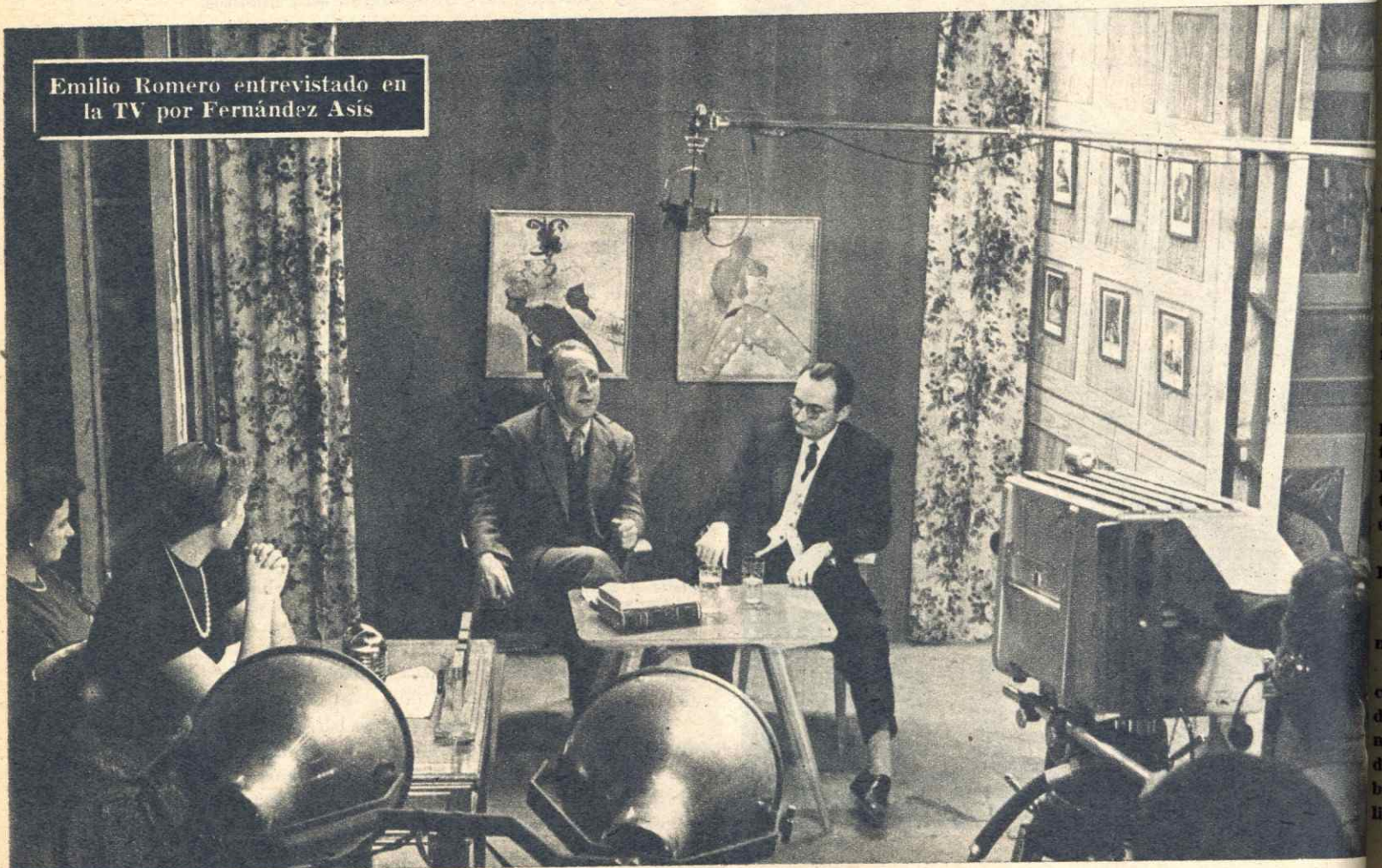
Se frota la nariz por debajo de las gafas con el dedo índice. También éste es uno de sus tic.

—Desde entonces ha nacido una amistad entre Torcuato Luca de Tena y yo, que creo que no van a borrar las peripecias de nuestro diferente camino. Somos acaso la única pareja de hombres jóvenes que no nos tuteamos, pero que nos somos leales en lo esencial. Es bueno que, caminando los dos en direcciones políticas diferentes, seamos grandes amigos. Sobre esto hay una anécdota de aquel tiempo. Estábamos cenando Torcuato y yo en «Chipén» y Torcuato me dijo: «Si alguien nos viera a usted y a mí juntos, creo que se sorprendería. No se preocupe —le dije—. Mire usted a quién tenemos detrás. En una mesa, cerca de nosotros, estaban cenando José Antonio Girón y Florentino Pérez Embid. Creía yo entonces que aquella pareja era más original que la nuestra. Después he rectificado un poco. Florentino Pérez Embid tiene la suficiente flexibilidad mental para hacer pareja con cualquiera. Creo que es el primer conspirador del momento. Y esto lo digo con admiración. Los conspiradores me han parecido siempre unos personajes literarios encantadores.

Volvió Emilio Romero a «Pueblo» después de un paréntesis de años.

—Pombo Angulo, el director que me había sustituido, dijo palabras muy hermosas a mi regreso. Fueron, poco más o me-

Emilio Romero entrevistado en la TV por Fernández Asís



éstas: «Cuando en este tiempo nos encontrábamos ante dificultades importantes, en seguida pensábamos lo que en ese caso podría haber hecho Emilio Romero.»

Vamos a recoger los abrigos para ir a casa de Emilio Romero, donde quiero que le tomen unas fotografías distintas a las que con frecuencia le toman en su despacho de la Dirección de «Pueblos».

—¿Pero usted no empezó siendo poeta?

—Sí; pero abandoné definitivamente la poesía a mi llegada a Madrid, plaza fuerte del país. Hice tres sonetos anónimos que corrieron por las tertulias literarias de Madrid, y alguno de ellos creo que fue muy celebrado. Eran sonetos satíricos. Julio Trenas dice que tiene en su poder uno muy quevedesco. Yo creo que Julio Trenas lo único que colecciona bueno son cuadros. Las otras cosas deben ser curiosidades.

EL PREMIO PLANETA

Ya estamos en su casa, en la biblioteca.

—En 1947 escribí un ensayo sobre sociedad sindicalista y cuando

YO HE TENIDO SIEMPRE ALERGIA A LAS ACTI- TUDES FALSAS

la maniobra de «Pueblo» me dejó con pocos recursos, hice una pequeña historia del Sindicalismo mundial, que me editaron, con generosidad de intención, Santiago Galindo y Florentino Pérez Embid. Había pasado unos años explorando las centrales sindicales de los principales países y las internacionales. Quise completar el libro de Andrés Nin sobre esta materia.

—¿Cómo escribió usted «La paz empieza nunca»?

—Ahora te diré. En 1954 me caí por una escalera y estuve un mes en la cama. Entonces escribí «La paz empieza nunca». En un viaje que hice a Cuenca con el editor Lara para animar a César González Ruano —quien luego me ha desanimado a mí bastante—, le hablé de este libro y me sugirió que lo presentara al Planeta. Lo hice en 1957 y me llevé el premio. En este mismo año daban el Goncourt a Roger Veiland por su libro «La ley», que es una de las novelas de mi predilección. Creo que fallaron todos el premio sin reparar demasiado en el libro, tal vez el que lo hiciera bien fue Santiago Loren. Los que me votaron y los que no me votaron lo hicieron por diferentes cosas, que nada tenían que ver con el concurso. Cuando más adelante sostuve un duelo polémico en el Ateneo de Barcelona con José María Gironella —uno de los miembros del Jurado—, me dijo Lara: «No te preocupe demasiado los juicios de Gironella. No ha leído tu libro.»

Recuerdo ahora que acompañando yo a Emilio Romero a la Mancha para asistir a la inauguración de un molino de viento, nos encontramos a Alvaro de la Iglesia en el camino.

—Alvaro de la Iglesia, que fue el otro voto negativo, me dijo en aquella fiesta en Alcázar de San Juan que no lo había votado porque era muy bonito que no saliera un libro triunfante por unanimidad. Creo que es así, poco más o menos, como se fallan todos los premios literarios. Después resulta que lo votó el público con las ocho ediciones que lleva el libro hasta la fecha.

—¿Y qué opinión tiene usted de «La paz empieza nunca»?

—A mí me ocurre que este libro no me gusta por lo apresurado y por lo incompleto; del único libro del que estoy discretamente satisfecho es de mi segunda novela, «El vagabundo pasa de largo», y solamente de su primera mitad. En esto coincido con Luis Calvo, director de «A B C», y me alegra, porque es muy posible que sea ésta la causa de nuestras coincidencias.

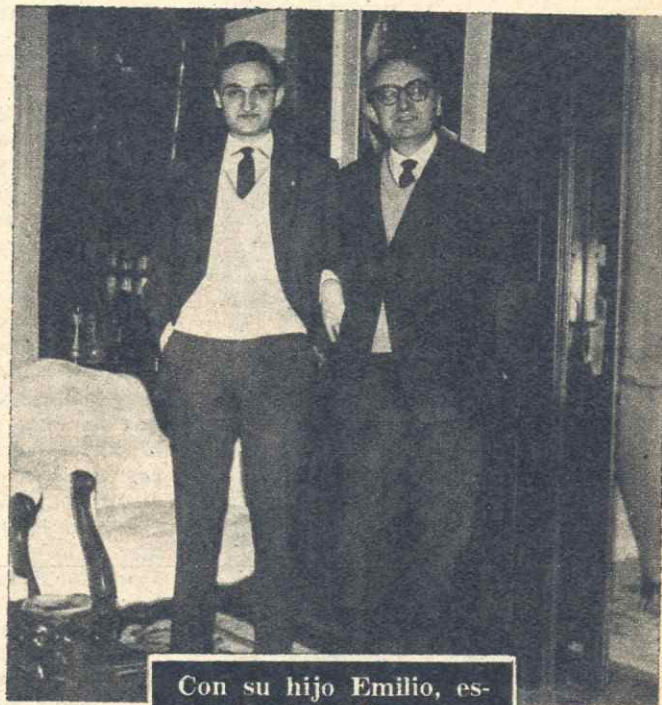
EN POLÍTICA SOY UN NOVEL

Como los ríos van al mar, la conversación literaria de Emilio Romero desemboca en la política, casi necesariamente.

—En lo político soy consecuente en lo esencial con mis enseñanzas de los primeros años. Si pudieran mezclarse dos palabras tan acreditadas como «socialista» y «liberal», yo sería eso. Socialista, como reivindicador, no marxista, sino por organizador o planificador, socialista de sociedad, no de partidos o de central obrera, y liberal, de acuerdo con la definición de Marañón, respecto a que lo esencial no es una política, sino una conducta.



Marino Gómez Santos charlando con Romero



Con su hijo Emilio, estudiante de Derecho

—¿Y que le ha ocurrido a usted en política?

—Hombre, en la política me pasa lo que a los autores de teatro, que aunque están mucho tiempo entre bastidores y conocen la tramoya, no dejan de escribir y de ser creadores. Bueno, mi diferencia con ellos es que yo, en la política real soy casi un novel. Apenas he estrenado. Y además sin esperanza, no me ocurre lo que a Gonzalo Fernández de la Mora, que tiene cara de ministro diez años antes de que le pueda suceder.

Cuando deja de sonreír por su última frase me dice, serio, en voz baja y como confidencial:

—Algunas personalidades políticas creen que yo soy un agitador; pero el agitador donde creo que es útil es en el Poder.

Había que poner un colofón para la entrevista con Emilio Romero. Sirvan únicamente para él aquellas deliciosas palabras que Romanones tenía en el lema de su escudo: «Alma y calma», querido director y maestro de una buena generación de jóvenes periodistas.